

renuncia que puso en manos del príncipe de Orange para que la presentase al colegio de los electores, y hecho esto se embarcó para España en Septiembre de 1556, y habiendo desembarcado en Laredo el 28 de aquel mes, pasó á Búrgos y á Valladolid, donde confirmó la abdicacion de la corona de España que habia hecho en Flandes, y fué en seguida á encerrarse en el monasterio de monjes Gerónimos de S. Juste, cerca de Placencia en Extremadura, llevando solo algunos criados para su servicio.

Con la abdicacion de Cárlos V, la familia de Austria quedó dividida en dos ramas: la mayor, que era la española, tuvo los estados que formaban la corona de España con Nápoles, Sicilia, Cerdeña, y las nuevas adquisiciones de América, á lo que se agregaron Milan y los estados de Flandes con todos los Países Bajos y el ducado de Borgoña: la rama alemana, que era la menor, tuvo el archiducado de Austria con todos sus anexos, y la corona imperial que vino á ser hereditaria en ella. Con esta distribucion, recayeron en la rama española todos los motivos de continuas guerras con la Francia, á que se agregaron todos los que llevaba consigo el imperio radicado en la rama alemana, que la rama primogénita creyó de su honor y de su deber sostener, complicándose con estas causas las guerras de religion que por tantos años desolaron la Alemania, y en que España tomó parte, segun veremos en los reinados sucesivos de los mo-

narcas de esta dinastía. La distribucion geográfica de estos estados, era al mismo tiempo la mas desventajosa, pues separados unos de otros por grandes distancias y colocados como formando una orla al rededor de la Francia, esta tenia la ventaja de elegir el teatro de la guerra que segun las circunstancias le convenia, y dirigir á él en masa todas sus fuerzas con facilidad y prontitud, mientras que las de España tenian que atravesar grandes distancias, pasando á vista del enemigo á quien iban á combatir, empeñándose en nuevas contiendas por sostener territorios insignificantes, pero que servian de comunicaciones necesarias, como la Valtelina en los Grisones, todo lo cual contribuyó en gran manera á la decadencia y ruina de esta grande monarquía, como iremos viendo en la série de los reinados siguientes.

Cárlos en su retiro de S. Juste, en un pais templado y ameno, olvidaba entre los placeres inocentes de la vida privada y los entretenimientos de las artes mecánicas á que era muy aficionado, los cuidados del gobierno y los disgustos que le causaron los desengaños que recibió despues de dejado el cetro, por los actos de ingratitud que experimentó aun de parte de su mismo hijo, en cuyo favor habia renunciado tantas coronas, pero sobre todo se consagró á ejercicios de piedad, y entre estos quiso celebrar él mismo en vida su funeral, asistiendo á su entierro como si estuviese ya muerto. Dícese que la profunda impre-

sion que esta ceremonia hizo en su espíritu, acabó de consumir sus fuerzas y expiró con las disposiciones mas cristianas, el dia 21 de Septiembre de 1558, acompañándole y auxiliándole en sus últimos momentos, el arzobispo de Toledo Carranza y los monjes de aquel monasterio, en cuya iglesia fué sepultado detras del altar mayor, donde permaneció su cadáver hasta que fué trasladado al sepulcro de los reyes en el Escorial.

Tuvo varios hijos de su muger la emperatriz D^a Isabel, que todos murieron de corta edad, excepto el rey D. Felipe y dos hijas, que fueron D^a María, que casó con su primo el archiduque Maximiliano, que fué despues emperador, y D^a Juana, que quedó viuda de D. Juan príncipe de Portugal, de cuyo matrimonio nació el desgraciado rey D. Sebastian. Tuvo ademas, de una señora flamenca, á D^a Margarita que á la sazón era duquesa viuda de Parma, y de otra señora alemana á D. Juan de Austria, cuyo nacimiento ha dado lugar á tantas conjeturas, y que se educaba en España al cuidado de Luis Quijada.

Antes de renunciar la corona, habia querido restablecer la paz de la Europa por medio de un tratado con Francia, pero requiriendo esto una larga negociacion por los muchos y complicados intereses que era menester debatir, hizo una tregua por cinco años, que se firmó en la abadía de Vaucelles, el 5 de Febrero de 1556, y aunque esto fué despues de su ab-

dicacion, el tratado se hizo en su nombre. El papa Paulo IV, que por satisfacer la ambicion de sus sobrinos el cardenal Caraffa y el duque de Pagliano, se hallaba empeñado en la guerra con España, mediante la alianza que tenia celebrada con la Francia, se encontró por la tregua reducido á sus propias fuerzas, que eran incapaces de resistir á las que mandaba el duque de Alba, virey de Nápoles, el cual auxiliado por la poderosa familia romana de los Colonnas, se habia apoderado de casi todos los lugares de la campaña de Roma, tomando posesion de ellos en nombre del colegio de los cardenales y del papa futuro, y tenia en mucho aprieto á la capital misma. El papa en este estrecho, hizo tambien una tregua con el duque de Alba, pero habiendo decidido al rey de Francia á romper la que habia celebrado con Carlos, imputándose la una parte á la otra haber faltado á ella, se renovaron las hostilidades tanto en los Países Bajos como en Italia, á donde pasó un ejército francés, mandado por el duque de Guisa, en auxilio del sumo pontífice. Felipe logró decidir á su esposa la reina María de Inglaterra, á declarar la guerra á la Francia, no obstante el disgusto general de su nación, y para proveer á los gastos de ella, hizo reunir fondos de propia autoridad, sin convocar al parlamento, con lo que levantó un ejército de ocho mil hombres, que desembarcó en los Países Bajos, á las órdenes del conde de Pembroke. Al mismo tiem-

po los estados de Flandes, deseosos de complacer al nuevo soberano, aprestaron gran número de tropas, y Felipe se vió al frente de un ejército de cincuenta mil hombres, cuyo mando dió á Emanuel Filiberto, duque de Saboya. Entónces fué cuando ganó la brillante victoria de S. Quintin, que por haber sido en el dia de S. Lorenzo, dió motivo á la ereccion del magnífico monasterio de S. Lorenzo el real del Escorial, destinado á servir de sepulcro á los reyes de España. Despues de la accion, Felipe, que no estuvo presente en ella, llegó al ejército y fué recibido con los mayores aplausos. Propusieronle sus generales marchar en derecha á Paris, pero no queriendo dejar enemigos á la espalda, dispuso continuar el sitio de la ciudad de S. Quintin, que fué tomada por asalto pocos dias despues.

El rey de Francia Enrique II amenazado en su capital misma, llamó al duque de Guisa para la defensa del reino, con lo cual el papa Paulo IV se vió obligado á hacer la paz, que se firmó en Cavi en 14 de Abril de 1557, devolviéndole todos sus estados, y presentándose en Roma el duque de Alba á recibir la absolucion del papa en el consistorio de los cardenales. El sumo pontífice, disgustado de sus sobrinos, los hizo salir de Roma, y en el pontificado siguiente sufrieron la pena capital.

El duque de Guisa, para reparar la pérdida sufrida en S. Quintin, atacó en medio del invierno la ciu-

dad de Calais, que con otras pequeñas en la costa, era lo único que quedaba á la Inglaterra de sus antiguos dominios en Francia, y en poco tiempo tuvo la gloria de obligarla á rendirse, arrojando á los ingleses de todo el territorio francés, y así fué que mientras la España no sacó fruto alguno de su victoria, la Inglaterra por resultado del poco duradero matrimonio de la reina María con Felipe II, perdió aquella importante plaza que le daba entrada en un reino siempre rival, y la Francia, despues de tan largas guerras, en que sufrió tantas derrotas, mezcladas á veces con victorias, consiguió la ventaja muy positiva de adquirir y conservar aquel punto, así como la ciudad de Metz, quitada á la Lorena y sitiada en vano por Carlos V.

Grandes fueron los preparativos que durante el invierno se hicieron por una y otra parte, para continuar con empeño la guerra en el año siguiente (1558), y los franceses, habiendo atacado y tomado varias plazas, invadieron la Flandes con un cuerpo de diez mil infantes y mil y quinientos caballos, bajo las órdenes del mariscal de Thermes, quien tomó á Dunquerque y se avanzó hasta Neuport, talando todo el pais, pero habiéndole salido al encuentro el conde de Egmont con fuerzas superiores, se retiró hácia Calais, y el 13 de Julio se empeñó una batalla en Gravelines, en la que habiendo combatido con furor tanto los franceses como los flamencos, estuvo por mucho

tiempo vacilante la victoria, hasta que una escuadra inglesa que pasaba casualmente cerca de la costa, oyendo el fuego se acercó, y entrando en el río Aa, en cuya ribera apoyaban los franceses su ala derecha, flanqueó y destrozó esta con su artillería, de cuya circunstancia se aprovechó el conde de Egmont para dar una nueva carga, con la que los franceses fueron completamente derrotados con gran pérdida, habiendo quedado en poder del vencedor tres mil prisioneros y toda la artillería y bagage.

Aunque los ejércitos en que se hallaban los dos soberanos se acercaron uno á otro y parecía inminente una acción decisiva, ambos reyes la temian, desconfiando de las tropas alemanes que tenían por enganche en sus filas. Los ingleses se habían retirado del ejército de Felipe, por el anuncio de una invasión de los escoceses en Inglaterra, pero sin embargo las fuerzas eran iguales en número por una y otra parte. En este estado de cosas, tanto Felipe como Enrique deseaban la paz, y comenzó á tratarse de ella en la abadía de Cercamp, que estaba inmediata á los dos ejércitos, de donde se trasladaron despues los plenipotenciarios á Cateau-Cambressis. Entre tanto murió la reina María de Inglaterra el 17 de Noviembre, y esta circunstancia vino á facilitar la conclusion del tratado, pues aunque Felipe, pretendiendo casarse con la reina Isabel, que sucedió en el trono á María, apoyó al principio con empeño la devolucion de

Calais á los ingleses, desvanecidas las esperanzas de aquel enlace, no insistió ya en este punto, que era uno de los que presentaban mayor dificultad, y se contrató el casamiento de Felipe con D^a Isabel, hija del rey de Francia, y el de D^a Margarita, hermana de éste, con el duque de Saboya. Las condiciones del tratado fueron todas ventajosas para Felipe y sus aliados, lo que causó mucho descontento en Francia, y aumentó las divisiones y rivalidad que habia entre el condestable Montmorency, que influyó en la conclusion de la paz, y el duque de Guisa que la resistia, y esto dió mayor vuelo á las disensiones y guerras civiles que luego siguieron.

El duque de Alba, que habia sido llamado de Italia, y que habia concurrido como primer plenipotenciario á celebrar el tratado de Cateau-Cambressis, tuvo el honor de dar la mano en representacion de su soberano, á la nueva reina, pero la festividad de las bodas se turbó con un accidente desgraciado. El rey Enrique, que gustaba de lucir su destreza en los ejercicios de armas, que eran la gala de aquellos tiempos, en un torneo que con esta ocasion se hizo, fué herido en un ojo, entrándole una astilla de la lanza que rompió contra el conde de Montmorency, de cuyas resultas murió luego. Succedióle Francisco II, que habia casado con la tan desgraciada reina de Escocia María, y en su corto reinado, su debilidad de espíritu y de cuerpo contribuyó no poco á fomentar

las divisiones intestinas en que aquel reino ardia, y en que tenian gran parte las nuevas opiniones religiosas que se habian extendido en él.

Habíanse propagado estas tambien rápidamente en los Países Bajos, y Felipe, concluida la paz con Francia, trató de extinguirlas dictando con este objeto las medidas mas severas. Aunque comenzaban ya á asomar las inquietudes que terminaron en una guerra tan larga y funesta, Felipe resolvió volver á España, dejando por gobernadora á su hermana D^a Margarita, duquesa de Parma, á cuyo hijo Alejandro Farnesio llevó consigo, á pretexto de que se educase en España, pero segun se sospechó, como una especie de seguridad de la conducta de la duquesa. Las tropas españolas é italianas que quedaron en aquellas provincias, fueron motivo de queja, pues los estados que Felipe convocó ántes de su partida, manifestaron que era una violacion de sus privilegios, el mantener en ellas tropas extranjeras en tiempo de paz, y aunque Felipe, para disminuir la oposicion que encontraba, ofreció el mando de estas tropas al príncipe de Orange y al conde de Egmont, ambos lo rehusaron.

Dejando, pues, los Países Bajos en este estado de inquietud, Felipe se embarcó para volver á España, acompañándole una escuadra de sesenta bajeles, y llegó con felicidad á Laredo el 29 de Agosto de 1559, pero apenas habia puesto el pié en tierra, cuando se levantó una tempestad furiosa que hizo perecer mu-

chos buques, con muerte de mas de mil personas, y perdiéndose con ellos la rica coleccion de estatuas y pinturas, que el emperador Carlos V, muy afecto á las bellas artes, habia formado en sus viages en Italia y Alemania. Habiéndose librado de tan gran peligro, y en reconocimiento del beneficio que Dios le habia dispensado, Felipe hizo pública su resolucion de emplear todo su poder, en defensa de la fé católica y para la extirpacion de las heregías. Desde este momento, vamos á ver á Felipe II combatiendo á brazo partido con las nuevas doctrinas, y bien penetrado de la gran trascendencia que estas tenian, tanto en lo religioso como en lo político; persuadido que en la lucha que emprendia no cabia transaccion alguna; le veremos no embarazarse en cuanto á los medios, ni arredrarse por la sangre que se habia de derramar: si fué menester hacer correr torrentes de ella, no se economizó: si las hogueras hubieron de encenderse y los cadalsos de alzarse, aquellas se encendieron y estos se levantaron en todas partes. En España logró el objeto que se propuso, pues el progreso de las opiniones reformistas se cortó absolutamente por medio de la inquisicion, que fué autorizada por una bula del papa á proceder contra los que las profesaban, y la unidad religiosa se conservó hasta nuestros dias, no obstante que estas opiniones habian sido tan bien acogidas, que aun el arzobispo de Toledo Carranza fué acusado de haber participado en ellas, y

procesado, primero por la inquisicion y luego trasladado á Roma, no fué absuelto sino retractando las proposiciones que habia asentado en su catecismo, y sometiéndose á una penitencia que duró hasta su muerte. En los Países Bajos, mas próximos al foco de la reforma y sostenidos por las potencias inmediatas, el resultado fué muy diverso y la lucha, no solo en materias de religion, sino en asuntos políticos que se cubrian con aquel título, se empeñó de una manera tan tenaz y sangrienta, que ella va á ser el asunto principal de casi todo lo que tendremos que decir, tratando del gobierno de los príncipes de la dinastía austro-española. La reina D^a Isabel de la Paz llegó á Roncesvalles el 4 de Enero de 1560, y en Guadalajara se ratificó el matrimonio, de donde pasó con el rey á Toledo, y en las cortes que allí se celebraron, fué reconocido por heredero de la corona el príncipe D. Carlos.

Otros cuidados llamaban al mismo tiempo la atencion de Felipe en la vasta extension de sus estados. Los corsarios de las costas de Africa, protegidos por el emperador de los turcos Soliman, tenian en continua inquietud las provincias confinantes con el Mediterráneo, tanto en España como en Italia, y para la defensa de unas y otras, se armó una escuadra de cien bajeles con catorce mil soldados, con la que salió á la mar el virey de Nápoles, duque de Medina Celi, y aunque retardada la expedicion por los vien-

tos contrarios y muertos cerca de cuatro mil hombres por las enfermedades epidémicas, se apoderó de la isla de Zerbi ó Gerbes, que está poco distante de Trípoli, pero informado el duque de que el almirante turco Piali, unido al célebre corsario Dragut, iban á atacarlo con fuerzas superiores, abandonó la isla, retirándose en el mayor desórden, dejando en la fortaleza una corta guarnicion á las órdenes de D. Alvaro de Sande. Este bizarro oficial se defendió con el mayor valor, y hallándose sin esperanza de ser socorrido, sin agua, ni víveres, ni municiones, propuso á la tropa que le quedaba, hacer una salida para morir con las armas en la mano, ántes que rendirse, cuya resolucion fué recibida con aplauso por sus soldados; lograron estos en su atrevida empresa apoderarse de tres trincheras enemigas, y llegaron hasta la tienda del general, pero habiendo perecido casi todos, D. Alvaro se retiró con pocos á la playa y continuó defendiéndose en un casco de galera que estaba encallado en ella, y obligado á ceder al mayor número, fué hecho prisionero y tratándolo con toda la consideracion debida á su valor, lo llevaron á Constantinopla con otros oficiales y personas de distincion, que recobraron su libertad en virtud del tratado de paz que el emperador de Alemania celebró por este tiempo con el de Turquía. Las operaciones militares siguieron con empeño en las costas de Africa, en donde los españoles, mandados por D. García de Toledo, se apoderaron del pe-

ñon de Vélez, plaza que se consideraba como inexpugnable.

El auxilio que para todas estas expediciones habian prestado al rey de España los caballeros de Malta, quienes al mismo tiempo recorrían con sus galeras el Mediterráneo, haciendo muchas presas de bajeles turcos, hizo que Soliman resolviese atacarlos en su isla y apoderarse de ella. Armóse una escuadra formidable que mandaba Piali, á cuyo bordo se embarcó un ejército numeroso, teniendo á su cabeza á Mustafá, general afamado en las guerras de Asia, y se dió orden á los vireyes de Argel y Trípoli, que auxiliasen con sus corsarios las operaciones del sitio. El gran maestre Juan Parisot de la Valette, informado por sus espías en Constantinopla, que este grande armamento se dirijia contra Malta, pidió auxilio á todos los príncipes cristianos, quienes distraidos en otras atenciones, no le prestaron ninguno, y solo el rey de España, á la verdad mas interesado en ello que los demas, dió orden al virey de Sicilia D. García de Toledo, para que aprestase en Mesina una escuadra poderosa y escribió á todos sus aliados y ministros en Italia, á fin que levantasen veinte mil hombres, que estuviesen prontos á embarcarse á la primera orden. El sitio de Malta, comenzado á mediados de Mayo de 1565, se ha hecho célebre en la historia, por los ejemplos heróicos de valor y constancia que han eternizado el nombre del gran maestre La Va-

lette y de sus caballeros. Cuatrocientos de estos, que pueden llamarse otros tantos héroes, con ocho mil soldados, resistieron durante tres meses y medio de continuo pelear, á un ejército de cuarenta y cinco mil hombres, con un número inmenso de cautivos cristianos que eran empleados como zapadores, con una artillería formidable, empleando máquinas y artificios hasta entónces desconocidos en el arte de los sitios, y apoyado por una escuadra de doscientas velas y por todo el poder del imperio otomano. Reducidos á la última extremidad, no tenían otra esperanza que en el socorro que les habia prometido el virey de Sicilia. Reunida ya la escuadra, puso este á su bordo un cuerpo de seis mil hombres españoles é italianos, bajo las órdenes de D. Alvaro de Sande, que tanta fama habia ganado en la isla de Gerves y de Ascanio de la Corna, que desembarcaron en el punto mas distante de los turcos. Mustafá, creyendo que habia llegado un ejército mas numeroso, á la primera noticia levantó el sitio, abandonando la artillería gruesa, y corrió precipitadamente á los buques, pero mejor informado, hizo volver á tierra sus tropas y marchó con ellas al encuentro del enemigo. Algunos oficiales extrangeros eran de opinion que se esperase á los turcos en el campamento, pero D. Alvaro, no obstante la gran desproporcion en el número, resolvió ir á recibirlos, y fué tan récio el ataque, que estos, consternados ya con las pérdidas que habian sufrido du-